Los Cuervos

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9078

Título: Los Cuervos
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Cuento, Artículo, Crónica

Editor: Brian
Fecha de creación: 28 de julio de 2026
Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Los Cuervos

Todas las veces que el cadáver de un animal ultimado en el monte ha atraído a los buitres, me he preguntado con qué extraordinaria finura de olfato el cuervo, flotando en el alto cielo, a miles de metros, ha podido percibir las emanaciones de un agutí muerto, una comadreja, menos aún, que bajo veinte metros de obscuro e impenetrable follaje. comienza a descomponerse.

La vista no juega aquí ningún papel. Desde las altísimas nubes el bosque es un uniforme bloque de pizarra. Más fácil sería distinguir una presa a una legua de distancia en una noche de tinta, que percibir ser alguno bajo el impenetrable blokao del monte.

Y de allí vienen, no obstante; de allí y de allá, los grandes buitres necrófagos. Son al principio dos o tres, y muy pronto veinte o treinta.

¿Cómo han sentido al agutí, apenas recién muerto, a cuyo contacto la más fina nariz no percibe emanación alguna?

Allá arriba los buitres trazan grandes círculos. Segura y matemáticamente los círculos aéreos se irán cerrando, estrechándose como alrededor de una sola emanación de muerte que ascendiera como un hilo vertical. Y poco después, tras un descenso en tirabuzón, en cada fúnebre árbol se hallará posado, inseguro y con aire de sorpresa, un cuervo.

Contrastando con la actitud alerta, cruel y fría de su cabeza cuando vuela, en tierra el cuervo no logra salir de su estupefacción. Deambula cojeando —de patas y cabeza,

podríamos decir— y, si se les apura, se agitan saltando sordamente muy cargados de hombros, dando la impresión de que se les hiciera avanzar a latigazos.

Su resistencia vital es asombrosa. En casa tuvimos uno veinticinco días, durante los cuales no comió ni bebió. Era un urubú, especie de buitre tropical, de cabeza y cuello rojos. Tenía la cabeza atravesada por tres balines, y algunos más en la región del hígado. Había perdido ambos ojos.

En tal estado, el urubú resistió veinticinco días a la muerte, de pie sobre el pértigo caído de un carrito. No se movio de allí una sola vez. En esos veinticinco días el sol lo abrasó, y, de noche, la lluvia barrió bajo él las hojas enterradas, sin que cambiara de postura. Mantenía la cabeza constantemente bajo un ala.

Cuando alguna vez lo tocamos para ver su estado, el urubú levantó la cabeza, balanceándola lentamente, sin ver. Y al convencerse de que nada queríamos de él, tornaba a guardar la cabeza. Cuando murió, por fin, pesaba menos que una gallina flaca. No sé qué tendría bajo su opulento tapado de plumas; pero hacía daño comprobar tal peso en un ser que hasta un momento antes había conservado la vida. Mis chicos le llamaban "el cuervo loco", por creer que con el tiroteo a la cabeza había perdido la conciencia de sí. No comía, según ellos, porque se había olvidado de vivir,

Criado en casa desde pequeño, el cuervo es omnívoro. Puede comer bulones de tres pulgadas, como el avestruz, y bizcochitos húmedos, como las cotorras. Con el tiempo, sin embargo, los cuervos guachos se van alejando cada vez más de la casa, hasta que un día no vuelven más.

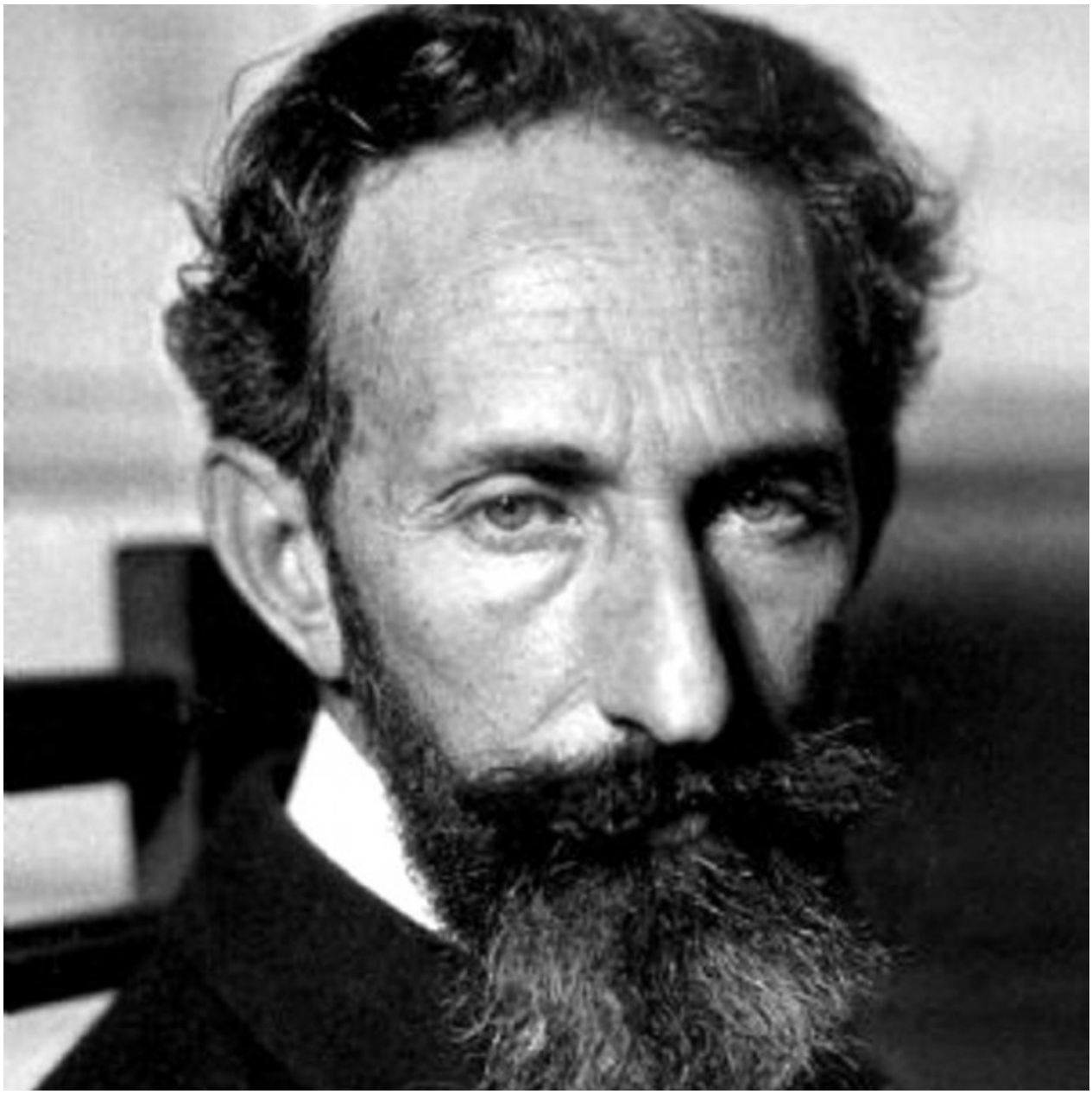
Conocimos dos cuervos criados así, que al final sólo acudían a la casa a las horas de comer. A estas horas eran infaltables, regresando de donde estuvieren.

Un día, sin embargo, no llegaron; ni al otro, ni tampoco al

tercero. Al cuarto, regresaron; pero traían un compañero a comer, un amigo a todas luces, adquirido quién sabe tras qué azarosas y leales pruebas.

Nada hemos vuelto a saber de ellos, pues al día siguiente nos alejamos de allí. Pero ya entonces, las dos jóvenes propietarias de los dos amistosos cuervos se habían mostrado inquietas ante la perspectiva de tener que alimentar a todos los innumerables buitres del país.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)